

ASPECTOS

DE LA ROMERÍA DEL ROCÍO

UN FRISO HELÉNICO

La romería del Rocío, tiene un valor imponderable. Es algo especial, característico, que escapa a toda síntesis por multiforme y varia, llena de innumerables facetas, que constituyen sorpresa para los sentidos, atracción para el pensamiento, motivo de profundas resonancias interiores o sollicitación poderosa para disquisiciones y sutilezas del entendimiento.

Y sin embargo, esta romería tan andaluza, en todas sus manifestaciones, apenas si ha logrado un estudio detenido y completo, un libro que la ponga al alcance de todo espíritu curioso y que descifre sus orígenes y sus antecedentes. Del presbítero don José Alonso Morgado, se conserva un número de la revista religiosa *Sevilla Mariana*, dedicado a la Virgen del Rocío. En ese número de la revista indicada, se trata de la tradición popular de la imagen de Ntra. Sra. del Rocío, venerada en su santuario del término de Almonte y después de otros trabajos y de examinar el origen de la fiesta llamada vulgarmente el Rocío chico, se describe la romería anual, que se celebra en los días de Pentecostés.

Don Alejandro Guichot, ilustre escritor sevillano, uno de los que más hondamente han penetrado en la investigación de nuestras costumbres, tiene inédita una obra en que estudia las romerías de esta tierra, bajo el título de *Arte popular sevillano*. Entre Morgado y Guichot, se puebla el conocimiento de tal manifestación maravillosa de arte popular religioso, de una literatura episódica, citada con singular acierto por nuestro compañero el Sr. López Martínez,

pero sin que ninguno de los escritores mencionados por él, aborde totalmente el tema, limitándose todos a exaltar con feliz acierto, alguna de sus cualidades más singulares y atrayentes.

Esto me recuerda una frase feliz de un gran pintor andaluz, Gustavo Bacarisas, que ha traído al mundo de nuestro arte regional una aportación personal, luminosa y clara, de su interpretación estética. Era en la época en que venía a Sevilla, peregrino de sus encantos, aquel *galleguiño* atrayente, macizo y orondo, que se llamó Alejandro Pérez Lugín. El escritor que tan sutilmente supo captar el ambiente compostelano, cincelandó en las páginas de *La Casa de la Troya* la vida estudiantil de Santiago, había sido ganado por el embrujo de Sevilla, según la frase del americano Reyles. Quizás a él, tan tumultuoso en todo—voces y gritos, en la encendida fiesta de nuestros toros—, le era imprescindible esta riqueza de luz alborotada, que se le entraba por las ventanas del alma, en un pródigo tropel, en un arrebató de rayos solares. Y ganado por lo típico, bien pronto llegó al Rocío y quiso encerrarlo en la novela.

Ahí está el libro. Lleno de devociones íntimas, rezumando amor en cada página, como ofrenda póstuma de su entusiasmo... Pero el Rocío, la romería de Andalucía, de Andalucía baja, que reúne en un concierto interprovincial a Cádiz, Huelva y Sevilla, desbordó la creación del escritor, rebosante de gracia, en su policroma e incopiable originalidad.

Por eso Gustavo Bacarisas, cuando yo le iniciaba la tentación de un cuadro (1), me contestaba firmemente convencido: «No, eso no *cabe* en un cuadro. Sería más propio para lograrlo, un friso, un gracioso friso helénico.»

ANDALUCÍA LA BAJA

Quizás el término no sea absolutamente exacto. Ni absolutamente, ni de manera relativa. Lo cierto es, que va ganando terreno y tomando carta de naturaleza, entre literatos y escritores. Y hay un resquicio que permite afirmar ciertas diferenciaciones de moda-

(1) El glorioso maestro Gonzalo Bilbao, cumbre de nuestra pintura, tiene un admirable cuadro titulado *Romería del Rocío*. Es un cuadro sobre motivos del Rocío. Carretas adornadas y mujeres. Algo episódico, aunque magistralmente logrado; no la Romería en su aspecto total.

lidad entre los andaluces de la tierra baja y los andaluces del interior, menos llenos de aquella visión de salida al mar, al mar Atlántico, que caracteriza a ciertas zonas de la región nuestra.

Son, en la feliz denominación de Fernando Villalón, el poeta rendido al encanto de nuestra tierra, «hombres que han tenido la fortuna de nacer en una de las tres Marías Atlánticas.»

Cádiz, «que conoció a Fenicia allá en sus mocedades»; Huelva, de donde despegó aquella galera, «vieja fragata navegadora», que diría el canario Tomás Morales, y «que arrancó al mar en lucha fiera su secreto fatal de confesión; y Sevilla, marinera y labradora, que «hincha hacia el mar una vela», según reza el verso castizo y nuevo de Machado el esplendoroso.

Una Andalucía occidental, distinta y diversa, no obstante la afinidad de rasgos comunes, en el complejo magnífico de nuestra psicología de aquella otra Andalucía, que tiene un sueño interior, senequista y profundo en Córdoba, por cuyas calles graves y por cuyas plazas hondas, paseara el atavío de sus metáforas el racionero don Luis de Góngora; de Granada, nazarita y opulenta, corona de nieves en el pretil de la Sierra y verdor prolífico en los cármes que duermen al arrullo del Darro y el Genil; de Jaén, serenidad ejemplar, estremecida de parir olivos, en una germinación ampulosa; de Almería, que al pie de la sierra de Gata, guardadora de mármoles espléndidos, tiene en su puerto un tumulto de naves, y de Málaga, predilecta ciudad del Mare Nostrum, en cuya cala magnífica, sobre la que se comba un cielo de azul puro, agita el último fenicio, como trofeo de triunfo, una tela de Sidón, de roja escarlata fascinadora...

Y toda esta Andalucía occidental, toda esta Andalucía baja, tiene en el Rocío, en su romería, una representación auténtica. Parece que las carretas adornadas que cruzan los caminos, son como hilos que unen a las tres provincias, en el amplio lugar en donde se asienta la ermita de la Blanca Paloma, marisma adentro, y que allí se dan cita la copla gaditana, que canta su sentimiento con gracioso desenfado, aires de Sanlúcar y del Puerto, con el fandanguillo choquero y con el latir de la seguidilla gitana, que un día tembló en el barrio trianero, mientras sonaba el martillo en el taller de la fragua, y los alfareros hacían del barro maravilla creadora y admirable.

Pero es que en el Rocío se dan cita también, forjando el carácter mayor de esta romería menor, los más típicos elementos de la Andalucía occidental...

MARISMAS

Si se va al Rocío por el camino de Almonte, hay que cruzar cerca de trece kilómetros de marisma. Si se llega al Rocío por Villamanrique de la Condesa, hay que atravesar otros tantos kilómetros de tierra arenosa.

Rodeado de arenas, en tierra marismeña, está el Rocío. Hoy es ya un poblado. La piedad y el amor han logrado construir alrededor del Santuario un número considerable de viviendas. No se habitan muchas durante el resto del año, pero en esta época de romería, a todas llega el afán humano y en todas se enciende la vida, con una iluminaria de evocación. Y en la marisma tiene la existencia bullicio y agitación de feria, torbellino de gentes enardecidas por el sol y estimulada por el fervor devocional.

¡La marisma!

Un disertado nos definirá la marisma, como un terreno bajo que se inunda con las aguas que rebosan del mar o de los ríos. Un novelista la verá al modo de José Más, en una de sus más vibrantes creaciones. Un poeta, nuestro Rodríguez Mateo, lleno de sentimiento popular, nos la hará ver como el momento cumbre en que el río, este sagrado río de Bética, recobra y gana su libertad perdida.

Oidlo:

¡Ya el río dejó zu oriya,
 Que era una carze floría
 De brimbes i de tarajes,
 D'álamos i de lantiscas!
 ¡Ya er río dejó zu oriya!
 Espués de mucho bregá
 Zin pará noche ni día,
 Los ariscos barandales
 De los barrancos domina.
 ¡Zu libertá va cantando
 Por medio de la marisma!

Un historiador erudito nos hablará de los esteros de la marisma y nos recordará que al lado de ellos, en remotas edades, se irguieron ciudades como Asta, Nábrissa y Onuba, entre otras. Y con todas estas evocaciones, los que hemos cruzado esta marisma, levantaremos el pensamiento y, recordando, la sentiremos llena, preñada de profundos clamores de vida; cruzada en vuelo raudo por aves múltiples; temblando sus caminos al paso de los toros bravos en cuyos lomos lucientes, de negra piel sedeña, la luna clara de la primavera pone un beso de plata, o trepidando cuando los potros en libertad y sin doma emprenden ágiles carreras, la crin al viento que la bate y acaricia, mientras el belfo brilla con humedad gozosa.

Y allá en la noche honda, algún zagal, entre adormilado y en vigilia, contemplando la inmensa llanura que el invierno llenó de agua en todas partes, menos en los cerrados altos, y mirando al cielo cuajado de centelleos de luz, pensará si fué Dios quien derramó el agua a torrentes sobre los campos, para que pudieran en sus cristales turbios, desbordados por juncias y florecillas, hacerse un guiño de coquetería sutil, las miriadas de estrellas que pueblan el firmamento...

¡ESE SOL, PADRE Y TIRANO...!

PENTECOSTÉS

La Romería se celebra a pleno sol, en el triunfo magnífico de su apogeo. Este sol andaluz, tiene un valor de exaltación inconfundible. Alguien ha dicho para relacionar el escudo menor hispalense, con la fuerte personalidad cultural que el complejo andaluz ofrece, que la madeja representa el momento en que los hilos de cien civilizaciones se entrelazan y funden, al beso del sol de Mediodía, para producir ese espectáculo, aún no profundamente estudiado, de una cultura típica, característica, original y, sin embargo, de sentido ampliamente universalista.

Voegel ha sostenido la influencia del medio físico en la civilización de los pueblos, y como una verdad científica de la mayor autoridad, gana cuerpo en las investigaciones el estudio del elemento material, determinante del proceso histórico intelectual.

Sin entrar en una disquisición sutil lejos de la finalidad de estas notas, basta señalar como algo típico el hecho de que esta romería tenga lugar en los días de Pentecostés, cuando la Iglesia latina celebra una de las fiestas litúrgicas más importantes, que coincide, según la expresión del vocablo, con el día quincuagésimo posterior a la Pascua de Resurrección. Y existe cierta relación parabólica posible entre uno y otro hecho.

Al cumplirse el día de Pentecostés, según el texto, y estando reunidos en un mismo lugar los apóstoles y discípulos del Señor, sobre la hora de tercia, se produjo de improviso un estruendo, cuyo eco resonó en todos los lugares de Jerusalén y atrajo hacia el Cenáculo, a una muchedumbre curiosa y expectante. El Espíritu Santo descendió sobre la cabeza de Apóstoles y discípulos en forma de lenguas de fuego. Los hombres rudos, toscos, pusilánimes, que siguieron a Cristo y profesaron sus doctrinas, se sintieron transformados por el prodigio. Llenóse el corazón de fe ardiente en cada uno. Brotó abundante el caudal de la palabra, en labios más dados al silencio que a la expresión de los conceptos en voz alta. Y aquellos hombres se extendieron por el orbe y predicaron la buena nueva y llevaron a todas partes el fervor de maravilla de su doctrina, para encender los ámbitos de la historia, que se abría a la obra de una civilización majestuosa.

¡Pentecostés!

Y he aquí que esta Romería, que coincide con la fiesta de la Quincuagésima, se celebra precisamente en Andalucía, cuando las lenguas de fuego del sol de junio van despertando quimeras alborotadas en los cerebros, y arde el entusiasmo en el fondo de los corazones. Este sol, gracia y castigo del mediodía andaluz, calienta los líquidos en todos los vasos humanos, arcilla moldeada por un soplo creador. Y así la Romería, agitación y fiesta, es al mismo tiempo, exaltación de un sentimiento religioso, propio de las muchedumbres, que se ennoblece en un anhelo devocional y puro y reviste formas externas de belleza incomparable.

REFRANES DE ROMERÍA.
EL SENTIDO ESPIRITUAL
DE LA JUERGA ANDALUZA

Sin penetrar en el sentido religioso, auténticamente religioso de esta Romería, que ello queda a buena cuenta de los doctores de la Iglesia, conviene examinar algún otro aspecto de este singular acontecimiento de arte popular, poniéndolo en relación con los refranes, sentencias y dichos de la experiencia ajena, que marcan y denotan peculiaridades de esta clase de manifestaciones singulares.

«Romería de cerca, mucho vino y poca cera» cuenta un castizo refrán. Y añade otro: «Quien muchas romerías anda, nunca o tarde se santifica.» Y a queste rezonga: «A las romerías y a las bodas, van las locas todas.» Y estotro murmura: «Romero ahito, saca zatico.» Y así, en una larga relación, se llegaría a poner en claro que esto de *echar un romero*, tanto vale como sentar plaza en diversiones fáciles o ganar puesto en zarabandas de alegre tono.

Ir de romería no es cruzar, se dirá alguien, un trozo de la tierra para llegar a un lugar sagrado, en penitencia dura y en cumplimiento de un voto. Murió el peregrino y se perdió el romero. La estampa de aquél, con bordón y esclavina, pasó a la historia. Es un airón romántico, de cosa añeja y pretérita. Hoy el peregrino no se enardece de fervores íntimos, ni siente el inefable deliquio místico que le lleva a caminar por múltiples sendas, en pos de un ideal. Romero que fué a Roma, cruzado y palmerino de Jerusalén, jacobita de Santiago de Compostela, ¿dónde estás?

Los hay. Indudablemente. Se ha perdido el modo, la forma, lo externo, lo anecdótico. Pero el anhelo íntimo, vive. Y en las romerías menores, este aspecto externo, anecdótico, se cruza y entrelaza con las costumbres típicas y populares, de tal suerte, que sería gran obra no perder estos frondosos ejemplos, en que vive como una palpación sagrada, todo el sabor tradicional de las costumbres de un pueblo.

Porque el romero del Rocío, que reza el rosario y se estremece el día de la procesión, con un estremecimiento multitudinario, que

tiene las características de la psicología colectiva, se divierte también en los días de su estancia breve en aquel cacho de la marisma, y enseña al observador—de ahí la trascendencia de este aspecto—todos los repliegues profundos del alma andaluza.

Rafael Cansinos-Assen, ha dicho en palabras traslúcidas algo que viene aquí a obligada colocación. «Las grandes concentraciones en la pasión del alma sevillana—para él, Sevilla es ejemplo y síntesis—requieren las efusiones periódicas logradas en las «juergas», que reivindican su nombre griego de orgías, ya que son como purificaciones que limpian las almas con el zumo de la vid, de sagrado abolengo, y mantiene el contacto con las grandes pasiones estilizadas en la danza y en el canto.» ¡La danza y el canto! Pero ¿es que no fueron ellas las primeras manifestaciones del sentimiento religioso, al adoptar formas litúrgicas tradicionales?

No excluye la devoción a la diversión, cuando se trata de cosas de añeja raigambre andaluza. Es más, se dan en un gracioso y paradójico complemento. En Sevilla, el anhelo pasional y místico de la Semana Mayor, desemboca natural y sencillamente en el tumulto de alegría de sus fiestas primaverales. La luna llena del Parasceve, en la gloriosa anunciación de la primavera nueva, hace un guiño feliz a los alborotos festivos de la feria. Y puede darse el tránsito sin violencias, porque el alma andaluza, que tiene para su recato la guarda de sellos orientales insuperables, es magníficamente romántica y de una castidad dulce y mansa. Observadla si no en el Rocío. La diversión es honesta, como honestas son fundamentalmente las coplas andaluzas. Nada denuncia en ellas la lujuria, ni el deseo carnal incontenido. Todo va en una sublime aspiración a lo absoluto, a enveredarse por caminos de honda trascendencia espiritualista. Y el vino que es sagrado fruto de las vides, y el sol que calienta los corazones y la marisma seca y árida que centellea por tantos rayos de luz estremecida, no cuajan en trances de paganía, sino que llevan a las gentes por exaltación de sentimientos hacia regiones claras, en que toda castidad tiene su asiento y toda idea elevada glorificaciones de pureza.

He aquí otro aspecto singular y único que ofrece a la contemplación este espectáculo del Rocío, a la contemplación del profano, que limpio de corazón quiera penetrar en el profundo sentido de esta fiesta de la Andalucía baja.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS. EL ROSARIO

Pero de todo lo que puede encantar el ánimo, nada igual, parecido o semejante al Rosario.

Lo he contemplado en dos ocasiones diferentes y con distinta compañía. Fué una, va para cuatro años, en compañía de un ilustre autor de obras de crítica filosófica. Fué otra, no hace más que un año, llevando al lado a un académico amigo, docto en disciplinas teológicas, versado en el estudio de las Escrituras y enardecido por el sentimiento religioso de su profesión sacerdotal.

Por distintos senderos a ambos les llegó la emoción inconfundible del espectáculo.

En la noche profunda constelada de estrellas, en medio de aquella marisma abrasada de sol durante el día, surgía el espectáculo maravilloso de una procesión de penitencia. Romeros y romeras, ellos con el ancho sombrero en una mano y ellas cubiertas con un pañuelo, formando larga fila, iban dando vueltas al lugar para retornar a la ermita de donde salieron. Cantaban con acordes monorrítmicos el rosario. Cada vez que pasaban por delante de una hermandad, se hacía un alto y una incorporación. Las bengalas derramaban sus luces por aquel sitio y las siluetas de los romeros adquirían proporciones fantasmales. Al fondo, colocadas en orden, se encontraban las carretas con sus lonas blancas, puestas en fila, como si quisieran unirse al cortejo. El aire de la noche se entraba por los pulmones dando un beso consolador de frescura. Y la procesión, vuelta a poner en marcha, seguía su camino bajo la luz de las estrellas altas en la noche estival, arrastrando su cortejo de rezos y sus melodías de cantares..

¡Único e incopiable espectáculo! Así ganó al que fuera conmigo unos años antes, y dejó también profunda huella emocional y religiosa en el ánimo del canónigo y académico. Y es que se daban en aquel hecho un concierto de causas que son propicias para producir tal resultado: el arte popular andaluz y el sentimiento religioso de una masa. Y todo en plena naturaleza, fuera del ámbito de las ciudades, en el lugar que justifica aquella exclamación de Goëthe:

«¡Animo! ¡Alerta! ¡Al aire libre!...! Y si la naturaleza se digna instruirte, sentirás cómo se extiende en ti la fuerza del alma, y sabrás cómo se hablan unos a otros los espíritus».

COLOFÓN

Ya llegan las carretas a Triana. Desde lo alto de Castilleja bajaron al llano entre aclamaciones. Ya entraron en la iglesia. ¿Qué queda del acontecimiento? Queda este sentido andaluz que lo preside y le da trascendencia. Queda un lema lleno de evocaciones para el artista, para el psicólogo, para el comentador literario. Y queda flotando en el ambiente como un airón de eternidad, el verbo maravilloso del alma andaluza, tan compleja, tan varia, tan llena de sutilezas artísticas, tan profundamente romántica y tan digna de ser reverenciada por su influencia decisiva en la cultura del mundo.

MANUEL BLASCO GARZÓN

Sevilla, 2-VI-1933

